

El hebreo con sus emparentadas y el euskara: coincidencias lingüísticas*

MISHOR, Dr. Mordechay
Academia de la Lengua Hebrea. Jerusalem

El euskara es la única sobreviviente de las lenguas que existían en la Europa occidental en el momento de la conquista romana. La documentación antigua, de los primeros siglos de esta era, es muy escasa, pero suficiente para poder diseñar los rasgos antiguos de su desarrollo. Textos literarios existen a partir del siglo XVI (aunque en realidad existen desde el siglo XV versos improvisados por motivos de enemistad, funerales, batallas). El primer libro vasco conocido es una colección de poesías de Bernard Etxepare, publicado en 1545. Una fuente importante para el conocimiento del euskara clásico de la época es la traducción del Nuevo Testamento realizada por Joannes de Leizarraga en 1571, que será mencionado varias veces a continuación.

El euskara es una lengua extraña a nuestro oído, de esas lenguas cuya sintaxis es inversa a la nuestra. Cuando el poeta del siglo XX Gabriel Aresti quiere decir que «el mundo es hermoso, más hermoso que el canto del ruiseñor», dice literalmente: «Mundo-el hermoso es, / ruiseñor-del canto-el que / hermoso-más-el» (*Mundua ederra da, / errusinolaren kantua baino / ederragoa*). El primer capítulo del libro de Guy Deutscher «El desarrollo del lenguaje» comienza con una cita del lingüista del siglo XVI Josephus Justus Scaliger: «C'est un langage estrange que le Basque... On

* Ésta es la traducción de un artículo publicado en *Leñonenu*, Academia de la Lengua Hebrea, Vol. LXXX (2018), págs. 176-183, a propósito del convenio de colaboración entre la Academia de la Lengua Hebrea y la Real Academia de la Lengua Vasca firmado en Mayo de 2016.

dit qu'ils s'entendent, je n'en crois rien» ('Lengua extraña la Vasca... se dice que se entienden, yo no lo creo')...

El hebreo y el euskara tienen otras diferencias, además de su tipología. A diferencia del hebreo, rica en lenguas emparentadas, algunas de las cuales son muy longevas, el euskara es una lengua «huérfana», cuyos lazos familiares se limitan a unos cuantos dialectos, suficientemente similares para considerarse una misma lengua.

Entre el hebreo y el euskara no ha habido contacto directo. Nexos literarios posibles, debidos quizás a traducciones bíblicas, son débiles y dudosos. Cierta influencia semítica podría atribuírsele a la presencia de la lengua árabe en la Península Ibérica medieval, pero un contacto tal, si lo hubo, está lejos de haber sido directo y fructífero.

Por lo tanto sorprende encontrar fenómenos comunes al euskara y al hebreo y sus parientes, y exclusivos a estas lenguas solamente. Fenómenos como éstos, desarrollados en lenguas remotas y dispares, pueden deberse a la creación espontánea casual, y atribuirse al Espíritu Humano, único y universal.

A continuación se comentarán algunos de estos fenómenos, correspondientes a diversos campos lingüísticos: la fonología, la morfología, la morfosintaxis, el léxico.

a. La ausencia de *f* inicial

Quien consulte un diccionario hebreo y un diccionario vasco encontrará que en ambas lenguas las palabras que comienzan con [f] son préstamos de otras lenguas. Como son: *familiar*, *fotosíntesis* (en euskara), *familiari*, *fotosínteza* (en hebreo).

La situación en hebreo es sabida: la [f] se desarrolló en una determinada fase de la lengua —e igualmente en arameo— a través de la debilitación de la [p] oclusiva por asimilación a la vocal precedente, lo que provocó el cierre incompleto de los órganos de articulación (en una primer etapa pronunciada presumiblemente como bi-labial). La presencia de una [f] está condicio-

nada, pues, a la existencia de una vocal anterior, lo que impide su presencia al principio de palabra, salvo cuando se pronuncia de corrido a continuación de una palabra con vocal final, como en *'imrē-ḥī* 'los dichos de mi boca' en hebreo bíblico. Es así como las palabras extranjeras con [f] inicial se adoptaron en hebreo con [p] oclusiva, como ser *pamalya* 'cortejo', del latín *familia*. Con la fonemización de la [f] en el hebreo moderno el léxico se enriqueció con una cantidad no despreciable de préstamos con [f] inicial, como los ya mencionados *familiari*, *fotosinteza*.

En este estado de cosas me pregunté a qué se debería la falta de [f] inicial en euskara, acaso esta lengua haya sufrido también un proceso similar. Me apoyé en el testimonio del castellano. En castellano hubo en muchas palabras un cambio de [f] inicial por una aspiración notada con la letra *h* (y luego totalmente desaparecida), por ejemplo *ferrum* > *hierro*. Se admite que este proceso se originó en zonas de sustrato vasco: los vascos que adoptaron el castellano en sus comienzos trataron sin éxito de pronunciar la [f] inicial, y ésta era oída por ellos como una especie de aspiración. Otro apoyo puede aportar el hecho de que tanto en castellano como en euskara, al contrario de las otras lenguas de la región, los fonemas /b/, /g/, /d/ obedecen a reglas similares a las del grupo de fonemas /bgdkpt/ en hebreo, cuyos equivalentes fricativos están vedados al principio de palabra. El sonido [f] podría pues acoplarse a los del grupo /bgd/ con absoluta coherencia.

Pero luego advertí que cuando me pregunté por la causa de la ausencia de [f] inicial en euskara me basaba en la observación parcial de los datos. De haber consultado el diccionario de manera exhaustiva habría descubierto que el sonido [f] está totalmente ausente en la lengua vasca original. En el euskara antiguo el sonido [f] no existía en ninguna posición: ni al principio ni en el interior ni al final de la palabra.

A esta altura de las cosas debía haber confesado que me dejé engañar por una ilusión y debía renunciar a continuar con el tema. Pero la curiosidad no me dejó desistir y me alentó a revisar el marco fonológico vasco en el cual sucedió lo que sucedió, sin relación con el hebreo.

Entonces: entre el grupo de sonidos [p], [t], [k] y sus correspondientes sonoros [b], [d], [g], que existían en el euskara antiguo, había una distribución

complementaria, según la cual se preferían los sonidos sordos en el interior de la palabra, por ejemplo el cambio b>p en el préstamo *sabbatum* > *zapatu* ‘sábado’, y los sonoros al principio, como ser el cambio b>p en el préstamo *pacem* > *bake* ‘paz’. De esta manera sucedió que el sonido [f], que no existía en euskara, fue cambiado en palabras extranjeras por el sonido sonoro [b] (¡pasando por [v]!), como en *fortia* > *bortxa* ‘violencia’. Actualmente no hay limitación en la presencia del sonido [f], y éste puede existir en cualquier posición de la palabra. Todo esto en palabras extranjeras, como queda dicho. En este campo, y sólo en éste, se parece el euskara al hebreo moderno, en el cual las palabras extranjeras que se adoptaron, la [f] puede aparecer en cualquier posición en la palabra, independientemente del condicionamiento que rige las palabras originales: tanto en el principio de palabra como en su interior después de consonante, como en *pamflet*, *konflikt*, *konfrontatsya*.

En las dos lenguas penetraron, pues, palabras extranjeras que tenían el sonido [f], y provocaron en ambas un cambio en sus respectivas fonologías: para el euskara éste era un sonido nuevo, extraño, como [ǰ] o [č] en nuestro hebreo. Para el hebreo era éste un sonido veterano, pero condicionado, y el influjo extranjero franqueó los límites severos que condicionaban su presencia en la lengua.

En efecto, en el núcleo original de las dos lenguas no hay [f] inicial. En hebreo, en virtud de la regla de alternancia entre oclusivas y fricativas del grupo /bgdkpt/; en euskara, en virtud de la inexistencia absoluta de la consonante [f] en la lengua, y su ausencia a principio de palabra, que resalta a la hora de consultar el diccionario, no tiene nada de particular.

b. El tema siguiente se refiere al arameo: el artículo definido -a

Un mismo artículo definido –el sufijo –a– existe en arameo y en euskara, y hasta donde llega mi conocimiento, solamente en estas dos lenguas: en arameo *’anaša* (*’naš+a*), en euskara *gizona* (*gizon+a*) ‘el hombre’.

Se trata, por supuesto, de una absoluta casualidad. Hay que tomar en cuenta que el concepto de definitud no es idéntico en todas las lenguas (aquellas que poseen categoría de definitud), ni siquiera en distintos estratos de una misma lengua. Un caso extremo es el de los dialectos del arameo oriental (mesopotámico), en los cuales el artículo definido ha perdido su función original (por lo cual en las gramáticas científicas está difundido el término algo vago de «status emphaticus» por «[nombre] definido» para el arameo). A pesar de que el uso del artículo definido no coincide totalmente en lenguas diversas, tienen todas un parentesco suficiente para que podamos ver en ellas la realización de un mismo concepto lingüístico. ¿Cuál es el fondo de una misma forma gramatical en dos lenguas tan dispares como el arameo y el euskara?

Las etapas del desarrollo del artículo definido en arameo y en euskara no están documentados y dependen de conjeturas. Voy a sintetizar la opinión normalmente aceptada: es muy probable que el artículo definido se haya creado en arameo y en euskara de la misma manera, por la sufijación de un elemento demostrativo a un nombre o pronombre, a través de un proceso de gramaticalización.

En cuanto al arameo, la opinión ya tradicional, desde principios del siglo XX, atribuye el artículo al pronombre *ha*. Otros optan por *-ya*, *-an*, y asimismo *han*, este último de cierta preferencia actualmente. La preferencia por uno u otro elemento demostrativo se correlaciona con la pregunta si los distintos artículos definidos en las lenguas semíticas «modernas», en hebreo *ha-*, en arameo *-a* y en árabe *'al-* (vs. el acadio y el ugarítico, que carecen de artículo definido), se originan en un mismo pronombre antiguo o si cada lengua eligió independientemente el pronombre que le serviría de artículo. En el siglo XIII el gramático samaritano Abu Sa'id ben Abu (a)l-Ḥasan sostenía que el artículo arameo (*-ah* en la grafía samaritana) es el mismo que el hebreo (*ha-*), sólo que en hebreo está prefijado y en arameo está sufijado. De todos modos, el hecho de que el artículo definido se originó en un pronombre demostrativo es hoy día unánimemente aceptado.

En cuanto al artículo determinado vasco, se lo atribuye a un elemento demostrativo relacionado con el pronombre *hau* 'este' y a *har-* 'aquel', y con

el prefijo *a-* de la expresión *aurten* ‘este año’. Y compárese con *haššaná* (*ha-šaná*) en hebreo y *hašattá* (*ha šattá*) en arameo ‘este año’.

Si la conjetura es correcta, se trata de un mismo proceso gramatical, que consiste en un elemento morfológico idéntico y una construcción idéntica; coincidencia rara en lenguas de distinto origen y de distinta tipología.

c. Modalización del pretérito narrativo

Una de las características extrañas con las que un lector actual se topa en los textos vascos «antiguos» –del siglo XVI– es el hecho de que el pretérito narrativo se expresa por medio de la forma gramatical con que se expresa actualmente el subjuntivo del pasado. Es decir, la forma gramatical que expresaba entonces el pretérito narrativo (el llamado pretérito indefinido en la gramática española, quizá mejor llamado «perfectivo»), por ejemplo *etor zedin* ‘vino’, *ekar zezan* ‘trajo’, equivale actualmente a ‘viniera’, ‘trajera’. El antiguo pretérito narrativo perfectivo está documentado abundantemente en la traducción clásica del Nuevo Testamento, y todavía existe con cierta extensión en textos literarios del siglo XVIII. Pero con el correr del tiempo este uso desapareció completamente, y hoy día equivale, como se ha señalado, al subjuntivo del pasado.

El paso del uso del narrativo de un campo modal a otro requiere una explicación. Lo que a nosotros nos interesa es el hecho de que el hebreo sufrió un proceso similar miles de años antes.

El sistema temporal del hebreo sufrió una verdadera metamorfosis a lo largo de su historia. La definición del uso de las formas verbales es tan problemática que los gramáticos modernos, inspirados en la teoría de los aspectos, han renunciado a la nomenclatura tradicional, que identifica los tiempos verbales con los reales, y han preferido decir «perfecto» por «pretérito» e «imperfecto» por «futuro».

El supuesto punto de partida, perteneciente a una etapa anterior a la consolidación del hebreo bíblico tal como lo conocemos (primer milenio a.C.), exige cierta medida de conjetura. En este punto juega un papel im-

portante el acadio, que representa el estado del sistema temporal del cual surgió el hebreo bíblico. El pretérito se expresa en acadio por la forma *iprus*.

En el hebreo bíblico, la forma gramatical que expresaba antiguamente el pretérito narrativo era la que más tarde fue llamada «futuro apocopado», originada en la *iprus* del acadio. Esa forma, en su uso original, se conserva en el hebreo bíblico principalmente unido a la conjunción *wa-*, llamada en este compuesto «*waw* conversivo» –*wa-y^(e)hí* ‘y aconteció/hubo’ (del verbo existencial *hayá*)– mientras la forma libre *y^(e)hí* funciona como imperativo de la tercera persona (yusivo): *y^ehí* ‘or ‘haya luz’, *wa-y^(e)hí* ‘or ‘y hubo luz’. (Señalemos, de paso, que el pretérito acadio *iprus* unido a la partícula *lū/l-* expresa un deseo).

La nomenclatura tradicional –«futuro apocopado», «*waw* conversivo»– refleja el punto de vista de los gramáticos medievales, cuando *y^ehí* se interpretaba como apócope de *yihyé*, el futuro por excelencia, y la acepción de pretérito se atribuía a la conjunción *wa-* (la que «convertía» al futuro en pasado).

Al final del proceso fue substituido el pretérito narrativo tanto en hebreo como en euskara por una forma distinta, pero en ambas lenguas la forma antigua no desapareció sino que asumió una nueva función: en euskara –como subjuntivo; en hebreo– como yusivo.

Subjuntivo y yusivo son, es cierto, conceptos de distinta índole, pero tienen en común la pertenencia a un mismo plano modal, que contrasta con el indicativo. Más aún, hay lenguas en las que el yusivo y el subjuntivo se expresan por un mismo medio gramatical; por ejemplo, el hebreo y el arameo talmúdicos.

El modo es una categoría gramatical que expresa la actitud del hablante ante la acción: el indicativo expresa una actitud real y objetiva, mientras que los demás modos expresan una gama de actitudes subjetivas, como ser una duda, un deseo, o la dependencia de un verbo principal (el modo subjuntivo). El indicativo, dado que expresa una actitud real y objetiva, tiene más fuerza expresiva que las otras modalidades.

Ahora bien: la gramática histórica enseña que uno de los factores que influyen en el desarrollo de las lenguas, de las lenguas como tales, es el reemplazo de expresiones comunes por substitutos de mayor fuerza expresiva. Las palabras tienden a desgastarse, y se substituyen por otras de mayor expresividad. Así es cómo se debilitó la fuerza del antiguo pretérito narrativo, y acabó por relegarse al plano modal. Y el hablante que deseaba describir la realidad desde un punto de vista objetivo debió recurrir a un substituto indicativo más convincente.

Vemos pues que a pesar de la disparidad tipológica entre el hebreo y el euskara, un mismo proceso, producido a distancia de milenios, consolidó la imagen de un rincón del sistema verbal de ambas lenguas a lo largo de su desarrollo. No a causa de un nexo genético ni de una influencia mutua, sino en virtud del «yunque de la tierra», donde se forjan todas las creaciones humanas.

d. Para finalizar, dos datos referentes a la palabra hebrea *pe ehad*, 'boca', *aho* en euskara.

1. *pe ehad* / *aho batez*

La expresión hebrea habitual para expresar unanimidad es *pe ehad*, literalmente 'una boca' (*pe* 'boca', *ehad* 'una'). Un paralelo exacto y con la misma acepción existe en euskara: *aho batez*.

La documentación antigua en hebreo no es abundante. Se limita a dos versículos bíblicos: Josué IX 2, I Reyes XXII 13. Pero la expresión tiene raíces en lenguas locales hermanas –el acadio y el arameo. Por ejemplo, en el Rollo Apócrifo (araméo) al Génesis (1Q20), el Faraón oye el testimonio unánime de tres personajes que elogian a Saray, la mujer de Abram, «que una boca –*di pum had*– los tres hablan».

Hasta donde he podido averiguar, el euskara es la única lengua europea que expresa la unanimidad de esa manera. Una expresión similar –*por una*

boca– con la misma acepción, encontré en castellano, en el diccionario de la RAE, pero el testimonio parece dudoso (acaso alude a la versión à *una boca* de la traducción de Reina–Valera [1858] de la Epístola a los Romanos, que sigue a la Vulgata; en traducciones más modernas se reemplazó por *a una voz*). En las Biblias judías ladinadas el término *pe ehad* se traduce en Reyes *a una boca, como boca una*, e incluso en Josué, donde no se trata precisamente de una unanimidad verbal, hay una traducción *boca una* (vs. otra *de un akordo*). Pero eso no sorprende, dado el carácter literal de las traducciones al ladino. En el judeo-español vernáculo se dice *a la unanimidad*.

Muchas expresiones del campo semítico han llegado a la Península Ibérica con el dominio musulmán, pero la expresión que nos ocupa no existe en árabe. En este estado de cosas surge la posibilidad de un origen hebreo o arameo que llegó a la Europa occidental a través de una influencia literaria, por mediación del cristianismo.

El versículo de Reyes (a diferencia del de Josué) fue traducido en la Septuaginta y en la Vulgata literalmente: ἐν στόματι ἐνὶ, *ore uno*. Es improbable atribuirle al versículo de Reyes alguna influencia sobre el euskara, pero nuestra expresión aparece también en el Nuevo Testamento, en la Epístola a los Romanos XV 6, en las versiones griega y latina (presumiblemente en base al substrato hebreo-araméico del texto, como sugiere la Peshitta siríaca *bhad pum*), y la traducción vasca clásica reza aquí *aho batez*. Ciertamente, expresiones adverbiales son fácilmente asimilables, y quizá tenga alguna importancia el hecho de que la lectura del párrafo de la Epístola a los Romanos donde aparece este versículo está integrada en la liturgia cristiana (en el segundo domingo de Adviento). Pero hay que cuestionar qué peso puede tener este versículo, y es posible que no se trate de una influencia literaria de un texto sagrado sino de un desarrollo paralelo independiente.

2. *pe* ‘filo’

La palabra *pe/aho* tiene una acepción figurada de ‘filo (de instrumento cortante)’, tanto en euskara como en hebreo. De los usos clásicos se conserva en el lenguaje la expresión *hérev pifiyyot* (‘espada de doble boca’), con el significado metafórico de ‘arma que puede dañar al que la usa, acción que puede ser contraproducente’. En nuestras fuentes la expresión significa tex-

tualmente ‘espada afilada de los dos lados de de la hoja’. El elemento «dos» no está especificado en la expresión, pero hay en las Escrituras una base suficiente para entenderlo así, ya que se relata que el juez Ehud se hizo «una espada que tenía **dos** bocas (‘filos’)» (Jueces III, 16). En la literatura talmúdica nuestros sabios explican *hérev pifyyot*: «espada que come por los dos costados». Y en euskara: *aho biko ezpata*,; y también *bi ahotako ezpata* (con una ordenación distinta de los componentes).

Otra expresión bíblica conocida por todos aunque no tiene actualidad real es *le-fi hárev* ‘a filo de espada’. Hoy día el componente *le-fi* se ha desgastado, y el hablante común lo entendería como la preposición ‘según’, p.e. en *le-fi da’ti* ‘según mi opinión’. Pero en la literatura talmúdica nuestros sabios lo explicaban correctamente: ‘dentro de la boca de la espada’, y esta acepción tiene un paralelo exacto en acadio (*[ina] pī patri*). En euskara: *ezpataren ahoz*.

Del material post-bíblico se puede deducir que esta acepción de *pe* –‘filo (de espada o cuchillo)’– era viva y difundida en el lenguaje talmúdico. En un tratado mágico leemos: «que traiga dos tórtolas y degüelle con un jifero de cobre que tenga dos bocas, y degüelle una tórtola con una boca del jifero y la otra con el otro costado». Una expresión paralela a *pifyyot* existía en arameo, también fuera de los límites del ámbito judío, como en el libro de *Ahiqar* en el papiro de Elefantina, del siglo V a.C.

La figura de una espada que come (carne) o bebe (sangre) existe en diversas culturas y literaturas, pero aquí no se trata de una mera figura literaria sino de su cristalización lexical, como dato semántico real, cuyo lugar está en el diccionario. Y este dato existe hoy en dos lenguas, y quizá solamente en éstas: el hebreo y el euskara.

Aquí también surge la idea de que la expresión se ha originado en nuestra región, y que de aquí llegó al occidente. Y repito, en árabe, mediador por excelencia, no hay una expresión similar, lo cual nos vuelve a conducir a la hipótesis de una influencia literaria por mediación del cristianismo.

La expresión bíblica *pifyyot* se traduce en la Septuaginta *δίστομος*, literalmente ‘de dos bocas’. Esta palabra aparece en el Eclesiástico y en el Nue-

vo Testamento (la Epístola a los Hebreos I 16, II 12), y es presumiblemente el reflejo del substrato hebreo-araméico del texto. Una corroboración se puede encontrar en el hecho de que el griego clásico usa una expresión distinta (ξίφος ἄμφορες; Odisea π 80). El cuadro se complica con el testimonio de δίστομος en una inscripción fragmentaria de Delos atribuida al siglo III a.C., y no hay indicio de un algún nexo entre dicha inscripción y la comunidad judía local.

En cuanto a la expresión *le-fí hárev*, ésta se refleja sin duda en el Evangelio de Lucas XXI 24, donde la versión griega dice, literalmente, στόματι μαχαίρας ‘a boca de espada’. La traducción del Pentateuco al judeo-griego (Constantinopla 1547) conserva la versión literal *dya stoma spatyu*. Parecería pues que la acepción metafórica de «boca» ‘filo’ pudo haber llegado al occidente por intermedio de la versión griega del Nuevo Testamento. Esta acepción no existe en la palabra latina *bucca* ni tampoco en sus derivadas en las lenguas romances; la traducción literal de la Biblia al ladino trae sistemáticamente *tažo* (=tajo): *a tažo de espada*. Demás está decir que la versión vasca del Nuevo Testamento traduce siempre *aho*, como era de esperar.

El paralelo es aparentemente completo: se trataría de una expresión antigua recogida de las fuentes clásicas –los textos bíblicos– adoptada por el lenguaje coloquial. Pero no, el paralelo no es completo. Mientras la expresión hebrea *le-fí hárev* está en desuso, y el compuesto *hérev pífiyyot* es una locución fija y su uso es literario y figurado, la acepción de *aho* ‘filo’ en euskara es libre en su uso, con relación a un cuchillo o a un hacha también. Más que aludir a un préstamo literario parece aludir al ambiente rural, que se nutre de raíces vivientes, y se trataría de un desarrollo independiente y paralelo en ambas lenguas.

En cuanto a la expresión figurada *hérev pífiyyot / aho biko expata* ‘acción que puede ser contraproducente’ –presente tanto en hebreo como en euskara– ésta está seguramente inspirada en su similar común en las lenguas europeas.

Resumiendo: he presentado un pequeño puñado de fenómenos comunes a lenguas mutuamente distantes «como el oriente del occidente», propia-

mente dicho, no unidas por un lazo familiar, y cuyo carácter tipológico es totalmente diferente. No se trata de fenómenos universales, y parecen existir solamente en las lenguas mencionadas: el hebreo y sus emparentadas por un lado, y el euskara y sus dialectos por el otro. En este estado de cosas, todo elemento gramatical común y todo proceso histórico idéntico son coincidencias puramente casuales. El único campo que permite una influencia mutua es el de la semántica, a través de calcos de expresiones que emigraron de su país de origen por medio de un factor mediador, como ser un texto formativo. En efecto, se ha tratado aquí de darle cierto peso a este factor. Sin embargo hemos visto que una tal influencia es muy dudosa. Por otra parte, metáforas idénticas, que reflejan una misma concepción humana en distintas culturas, pueden producir expresiones idénticas en lenguas desconectadas entre sí. Los fenómenos mencionados pueden explicarse como generados espontáneamente, y deberse, como se ha dicho, al Espíritu Humano, único y universal.

Y de paso se nos ha abierto aquí una brecha que nos ha permitido echar un vistazo a una lengua extraña y apasionante.